

EL PRI PUEDE CELEBRAR SU DÍA GANANDO
LAS ELECCIONES SIN RECURRIR AL FRAUDE

Ah, Bárbaro! Es 7-4-20-1979 tá Como Quiere!

El próximo domingo festejará el PRI su primer medio siglo de existencia, que se cumple en el año en que deberá elegirse la primera, esta sí, cámara pluripartidista de la historia mexicana

No obstante el signo saludable, claro, estimulante de que el jubileo priísta se festeje con un presidente que no es Carlos Sansores Pérez, que simbolizaba las viejas tradiciones de la política llamada peyorativamente "a la mexicana", no hay otros indicios de que el partido gubernamental pueda ofrecer, a la mayoría de sus miembros y a la mayoría de quienes, no siéndolo, son afectados por sus decisiones internas, razones suficientes para que todos nos unamos a la fiesta

El pastel de cumpleaños del PRI no carecerá de velas encendidas, si simbolizamos en ellas los efectos positivos que ha tenido su existencia en la vida pública mexicana. Ya es banal afirmar que su fundación fortaleció al Estado mexicano en una etapa en que éste requería consolidarse para llevar adelante el programa de la Revolución. Al aglutinar la acción de las fuerzas sociales que habían arrimado su hombro al comienzo de la construcción de la nueva sociedad mexicana que empezó a surgir en los años veinte, el partido dominante permitió que el trabajo gubernamental adquiriera una mínima congruencia, a pesar de la sucesión de Presidentes, primero con Jefe Máximo y luego sin él.

(No obstante que así, paradójicamente, el partido nació de una decisión caudillista destinada a terminar con el caudillaje, no ha podido prescindir de los caciques locales como parte de su fuerza, y seguramente no podrá renunciar a ella, pues le sobrevendría una anemia irresistible, que lo conduciría sin duda a la muerte. Allí encuentra, hoy el PRI, una de las razones por las cuales no puede instaurar la democracia interna, junto con la preeminencia que los sectores han adquirido a veces por encima del partido considerado como un todo).

Siendo el partido gubernamental causa y efecto de nuestro sistema político, y estando cercanamente vinculado al modelo de desarrollo económico que la Revolución escogió, ha sido un trasunto fiel de las mutaciones que tal sistema y tal modelo han tenido en el curso de los años recientes. El PNR obedeció al designio de Calles de fabricarse una mampara que le facilitara el dominio extrainstitucional que se había propuesto ejercer, y ejerció durante más de un lustro, sobre la Presidencia de la República.

A mediados de los treinta, la movilización popular impulsada por Cárdenas, que se manifestó en su posibilidad de expulsar a Calles de la zona de influencia en que se había instalado y en la expropiación petrolera — por citar actos que reforzaron: la primacía del titular del poder Ejecutivo y la soberanía estatal sobre los recursos naturales— tuvo que encontrar su traducción partidaria y por eso el PNR se transformó en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), fincado en una estructura sectorial que en sus líneas centrales subsiste hasta nuestros días, si bien despojada de los contenidos ideológicos y de militancia que podían observarse en aquellos años.

La nueva etapa nacional iniciada en la posguerra, con la sustitución de importaciones como centro de nuestro proceso de industrialización, con la derrota de los dos intentos finales —el padillismo y el henriquismo— de hacer oposición desde el seno del partido en el poder, requirió la modificación de la fisonomía y la entraña del PRM para convertirse en el PRI, cuya tercera sigla compendia su verdadera

doctrina institucional, como sinónimo de inmóvil e inmovilizante.

Son casi concomitantes con el nacimiento del PRI la domesticación del movimiento obrero organizado, que si bien desde su nacimiento apareció ligado a un partido gubernamental (en los veinte con la CROM al partido laborista, en los treinta con la CTM al partido de la Revolución), el debilitamiento de la Confederación Nacional Campesina y el surgimiento y apoteosis del sector popular, que ha sido el dominante en el partido si se atiende a la clase real, no a la que formalmente los acoge para efectos de la sectorización interna, de la que provienen los dirigentes del partido y de las centrales mismas.

De ello se desprende que, no obstante sus definiciones más recientes, el PRI sea el partido de la mesocracia, la comarca social más renuente a los cambios, como no sean los de la retórica, ésta sí modificable con harta frecuencia, como para hacer realidad la fórmula según la cual lo hecho en México está bien dicho.

Esa mesocracia acaba de obtener su enésimo triunfo en el partido, al ser confeccionadas las listas de quienes serán candidatos a diputados en la LI legislatura, y que rendirán su protesta como uno de los actos celebratorios del próximo domingo. Un estudio sociológico profundo comprobaría la hipótesis, que ahora expresamos, de que más que nunca la clase media monopoliza la participación política, arrumbando a los verdaderos campesinos y a los trabajadores que no se han hecho dirigentes profesionales.

Pero eso sería lo de menos si las formulaciones doctrinales del partido, quienes quiera que fuesen sus diputados, se convirtieran en acciones políticas y legislativas concretas. Los documentos de la IX asamblea, vistos una vez esfumado el triunfalismo que los nubló entonces, contienen proposiciones admisibles, que lo serían más si tuviesen en su traducción a la lucha política concreta el aliento popular del que carecen.

El PRI podrá festejar su cincuentenario ganando una vez más en las elecciones de manera arrolladora, sin siquiera tener que recurrir al fraude, por lo menos de manera generalizada. La participación de los partidos de la oposición (la nueva y la vieja, la real y la fingida) tardará en llegar a su eficacia verdadera. Tales agrupaciones políticas pagarán, unas, las añejas, sus errores tácticos o éticos; las otras, las nuevas, resentirán su falta de experiencia y pagarán el noviciado. Ello no quita importancia a su presencia en los comicios, pero esta vez no será tan abultada como podrá tenerla en próximas elecciones, cuando crezca la tradición electoral de esas agrupaciones.

De cualquier modo, el PRI se prepara con tres clases de candidatos a dar la batalla en las elecciones del año de su jubileo. Los de clase triple A serán los aspirantes de relumbrón, o que valgan de veras, para contribuir a la escenografía legislativa; los de clase doble A serán los necesarios para completar el número de 300 curules que es preciso tengan ocupante. Y los de tercera clase, de una sola A, formarán parte de las listas en las circunscripciones plurinominales, por lo que serán candidatos de relleno, pues la condición mayoritaria del PRI lo pone fuera del reparto de las curules de representación proporcional.

Pero en ninguno de los tres casos, a pesar de sus diferencias, se notará la huella de la decisión popular.

A ver si en el centenario...